

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	15
HORIZONTE METODOLÓGICO	25
El presupuesto lingüístico: <i>Rig-Veda</i> , Platón, Louis Hjelmslev	32
Factor <i>lect</i> de escritura: Wilhelm von Humboldt	40
Redes del horizonte	49
<i>A priori</i> del discurso	53
La mente literaria	59
Base metonímica del lenguaje	64
Prelación del verbo	67
Lectura poética	72
El Maestro: San Agustín	81
DANZA DRAMÁTICA	85
Alianza simbólica: <i>PaRDeS</i> . El vergel bíblico	88
El volteo de palabras: San Agustín	91
<i>Virtus operativa</i> : Santo Tomás de Aquino	96
Metonimia grafofónica	98
MASCULINO/FEMENINO: FRIEDRICH DANIEL ERNST SCHLEIERMACHER	105
LA ELUCIDACIÓN	
Edmund Husserl	113
Gramática pictórica: Platón	116
El tropo de George Santayana	120
La figura lógica de Ludwig Wittgenstein	127
Escisión y sutura del símbolo: Baltasar Gracián, Ludwig Wittgenstein	129
EL ESTALLIDO DE LA VOZ	137
LECTOR Y VOZ IMPLÍCITA	143
Asimetría: Carlos Bousoño	143

Maravillas de lectura	151
Alicia, el punto, el cuanto y Cervantes	154
Fragmentos leídos: Stéphane Mallarmé, Paul Valéry, José Ortega y Gasset	159
Fantasma de la apariencia: Eduard von Hartmann	164
Errancia oscura	169
<i>A priori</i> de lectura: Johann George Hamann	172
Un punto culminativo: Eduard von Hartmann, Mijaíl Mijaílovich Bajtín	175
PROCESO SEMIÓTICO: CHARLES SANDERS PEIRCE	179
Latencia del lenguaje: Ramón Menéndez Pidal	185
<i>Hipertelia</i> (José Lezama Lima) y <i>se irreflejo</i>	194
PROCESO FENOMENOLÓGICO: ROMAN INGARDEN	199
Un flujo imaginante	208
Gramática y lectura	212
OLVIDO DEL FUNDAMENTO	219
PRESUPUESTO ONTOLÓGICO: UMBERTO ECO, MARTÍN HEIDEGGER, FRIEDRICH NIETZSCHE	223
APERTURA DE CONCIENCIA: MARTIN HEIDEGGER	229
El modo de la lengua	232
Resonancia de fondo	234
EL ARCO ESPECULATIVO: FRIEDRICH HEGEL, MAURICE MERLEAU-PONTY ..	239
Un libro inmenso: Ángel Amor Ruibal	247
GRAMÁTICA POÉTICA: MARTIN HEIDEGGER, LOS CUANTOS, LUDWIG WITTGENSTEIN	255
FONDO CIEGO DEL NOMBRE	269
PLUSVALÍA ONTOPOÉTICA	275
PREVALENCIA DEL SIGNIFICANTE: FRIEDRICH NIETZSCHE	281
GRIETA DEL RESPIRO	289

POLIFONÍA DE LA VOZ AJENA	293
EL ALZA DE MIRA	299
ESCORZO DE LECTURA: WILHELM DILTHEY, JOSÉ ORTEGA Y GASSET	303
Taxia fonoacústica	307
Sinapsis de la voz fecunda	309
LECTURA INFINITA	313
EXOTISMO DE LECTURA	319
HIPERLECTURA	323
<i>Bibliografía</i>	337

DANZA DRAMÁTICA

AL LEER asistimos a la escenificación de un drama tonal con danza incluida, recordando aquí la comparación que Johann W. Goethe hace de la lectura con un escenario interior y el desplazamiento constante de la mente y de la fantasía a partir de lo leído. Entre el texto y el lector se produce un pacto al menos implícito de respuesta a una llamada, curiosidad a menudo desconocida, encuentro o estimulación sin fin concreto. El lector interpreta lo leído como una partitura que mueve el ánimo y este acto se convierte en diálogo, al menos, de dos mentalidades o de la mente con el *misterio* –enigma, en el caso de san Agustín–, igual que acontece con la escritura previa. Surge la escenificación del discurso, «der inszenierte Diskurs», en palabras de Iser, si bien aún se da en la estructura kantiana del *Als ob* o «como si» de una representación que se retarda sobre el presente que enuncia. La imaginación cubre el hueco inquietante de esa tardanza desde una posición excéntrica, ya que nunca alcanzamos lo que somos o proyectamos como horizonte previsible¹¹⁶. De modo parecido a Nietzsche, Iser reconoce en la «mimesis subversiva» que toda tesis o posición objetiva encubre, en cuanto forma *re-presentada*, una carencia o negación¹¹⁷. El hombre nunca alcanza su presencia. Tampoco totaliza lo leído en el texto. Está abocado, entonces, a interpretarlo. Convierte la intencionalidad ajena en descubrimiento propio, lo cual ya no implica lectura de transferencia homogénea, siempre la *misma*¹¹⁸, en sentido husserliano.

El lector dispone su voz en función de otro tiempo, de algo ya dicho y, por tanto, también ya sido. La lectura resucita y renueva un pretérito en tanto instante que abre, dilata y proyecta la tensión del presente, disociándolo. Esta apertura es la del tiempo en su propia entraña. El lector asiste a su eclosión y lo vive además en sí mismo: es tiempo abriéndose. Depende de otro en otra época y está siendo el otro que lo reclama más allá de sí mismo. Es voz prestada al tiempo desde el presente del habla, aquí y ahora, en tal circunstancia. Leer acontece como algo que adviene sucediendo –Ereignis–.

¹¹⁶ Iser, W.: *Das Fiktive und das Imaginäre. Perspektiven literarischer Anthropologie*. Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1991, p. 157.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 496.

¹¹⁸ Cf. a este respecto, Antonio Domínguez Rey: «El texto erótico». *Philologica Canariensia*, 1 (1995), pp. 47-59.

Tal acontecimiento revela una *profundidad* anterior, un ámbito en el que la voz lectora reconoce la existencia o el fenómeno de estar y darse en el mundo con otros. Si la voz vehicula una imagen del cuerpo y éste se mueve originando aquélla, según observa Barthes, en el movimiento corporal antecede una resonancia metonímica anterior incluso a los tres tipos de escucha señalados por el autor francés: de *alerta* a lo *posible*, de *desciframiento* de signos y la que habla, intersubjetiva, o más bien, como en Lacan, lo que habla en el habla, pues tiene significancia general de base inconsciente¹¹⁹. El fondo de lo ya sabido y no actualizado resuena en ese movimiento. Para ver lo que entendemos, precisamos construirlo, señala Kant. Por eso Freud reclama una atención «flotante» sobre todo lo oído, pues la significación se revela más tarde¹²⁰, como madurada en silencio. Las expectativas y tendencias condicionan y acotan lo oído, de tal modo que en el significado de éste se manifiesta también el que ya llevamos dentro, es decir, lo que queríamos oír o esperábamos en lo oído, aunque no coincida en forma y sustancia. La intersubjetividad es más profunda que sus contenidos.

Pero esta voz está además en función de la letra. Asiste a otro acontecimiento previo que la dirige. Interpreta cada grafía con su sonido o «imagen acústica» más el resto que la precede dentro de un ámbito ya simbólico, pues las letras han adquirido valores virtuales según el contexto vital que las potencia. La voz les asigna un tipo fónico según convención aceptada desde niños, lo cual no desestima que haya habido motivaciones e incluso mociones naturales en la constitución de tales signos y no otros, como podemos deducir del protosinaítico y de valores icásticos de los pictogramas. Las letras ya están dotadas, como advierte Saussure, de un «valor ideográfico». Son imágenes. Leemos con el ojo pendiente del oído, ¿o más bien al revés? El ojo también escucha, del mismo modo que ve el oído. Al percibir la palabra en conjunto, las letras que la forman se someten a una reducción perceptiva. Quedan englobadas en el fondo visual de una presencia acústica. Asistimos, pues, a un proceso psicomotriz o acontecimiento interactivo de acciones que inducen un presente dramático cuya escena implica el propio cuerpo. Esta función actúa de trasfondo y reactiva las mociones, en danza, de

¹¹⁹ Barthes, R.: *L'Obvie et l'Obtus*, op. cit., p. 217.

¹²⁰ Freud, S.: *La Technique Psychanalytique*. PUF, París, 1970, p. 62. (Cf. Michel Lisse: *L'Expérience de la Lecture. 1. La Soumission*. Édit. Galilée, París, 1998, pp. 99-102, y el tercer capítulo, «Freud et la scène de la lecture», pp. 121-145). La *profondeur* de lo hablado en lo oído reclama el magisterio de la voz directamente inscrita en la carne, como el soplo bíblico sobre el barro y la piedra de las Tablas de la Ley, o la preexistencia del sonido fónico de la primera palabra en la tradición védica.

la percepción, atención, comprensión, apropiación e interpretación de lo leído. Opera un cúmulo de síntesis pasivas. La lectura activa lo dicho y escrito en un acto dicente.

Así comprendido, el acto de leer responde más a una función semiótica que lingüística, limitándose la hermenéutica a un nivel, el más importante, de su proceso: la interpretación dicente de lo dicho. El prefijo *inter* adquiere aquí valor dialógico y dialéctico. La lectura hace funcionar, unidos, todos los formantes culturales, cognoscitivos y apreciativos, del hombre. Por eso la metaforizamos como danza y drama musical.

Mallarmé y Valéry resaltan este cruce o simbiosis entre lo *visto* –la disposición objetiva de la página– y lo *leído*, el *melos* propio de una lectura adecuada; o también entre el contraste blanco y negro del papel, donde se configura el símbolo del universo.

La danza alude aquí a la «jouissance» tonal implicada en la acción corpórea de leer en cuanto «grano de la voz» o articulación del lenguaje en tanto «estereofonía de la carne profunda»¹²¹. La palabra comporta el conjunto de la presencia humana: «La parole frappe l'air et l'esprit, elle agit sur les sens et sur l'âme», dice el personaje Diego Hervás en la novela *Manuscrit trouvé à Saragosse*, de Potocki¹²². La danza tonal comprende además la conexión de orbes fónicos, fonológicos, morfosintácticos, semánticos y argumentativos o discursivos que el lector activa: presupuestos, implicaciones, elipsis, inducciones, deducciones y, sobre todo, abducciones. La lectura reinterpreta los componentes del lenguaje desde la expresión que le da cuerpo. Tanto el significante como el significado, la relación atributiva previa, en origen *a posteriori*, genética, pero ya en discurso prácticamente apriorística, son aquí funciones expresivas. La lectura literaria cuenta, en princi-

¹²¹ Barthes, R.: *Le Plaisir du Texte*. Édit. du Seuil, 1973, p. 105.

¹²² Potocki, J.: *Manuscrit trouvé à Saragosse*. Édit. René Radrizzani, J. Corti, París, 1989, p. 97. Hallamos una acción homóloga en Valéry, quien resalta la armonía *indesciffrable* entre el sonido y el sentido del verso, a cuya audición melódica de la sucesión de miembros adviene el sentido como un formante más de la sucesión continuada. La música previa, subyacente, el subcanto del verso en Mallarmé y Juan Ramón Jiménez, dispone el lecho del sentido verbal o de sus significados. Prima la cualidad melódica sobre la forma del concepto. Se da aquí una fusión de lo que Pound denomina *fano-poeia* –proyección de una imagen visual en la mente lectora– y *melopoeia* o situación melódica de una palabra como significado suyo. Sucede esto segundo en la poesía provenzal al sustituir la métrica cuántica por la silábica. La proyección de lo *visto* sobre lo *leído*, o viceversa, sería en Mallarmé y Valéry, según otra denominación de Pound, un efecto de *logopoeia* o cruce de palabras para surtir los mismos fenómenos precedentes, comprendiendo también en ello las elipsis y abducciones en cuanto casos de recubrimiento implícito –silencios– de la adecuación o disgregación *del motz el son*, de la palabra al sonido (Ezra Pound: *El ABC de la Lectura*, op. cit., pp. 44, 62, 67).

pio, como situación textual suya, con un lector indeterminado, pero no tanto como se supone¹²³, pues la elección realizada por el autor y el lector responde asimismo a aquel Otro u horizonte imprevisible que anida en el lenguaje. A su indeterminación la precede un campo determinante: saber que hay o puede haber alguien, por lo menos el espacio personal que le corresponde como dicente. Y aun así el componente autor-lector se distancia a veces de la obra suspendida entonces como algo *absoluto* e impersonificado. Así acontece en Mallarmé¹²⁴.

ALIANZA SIMBÓLICA: PaRDeS. EL VERGEL BÍBLICO

Este anterior posteriormente afecta a la denominada imagen de la lengua y sus estructuras. Además de la acústica y del ideografo de Saussure, existen esquemas icásticos de palabras, conexiones, y hasta de significados y sentidos. El lector, siempre imaginativo, asocia como «lector in fabula», según Eco o la *fanopoeia* de Pound, una imagen a lo leído. Por eso decíamos que la lectura es más del orden semiótico que del lingüístico y que simboliza un concierto animado o una danza mental de relaciones múltiples. Activa las «imágenes musculares» que Saussure abstrae como asistemáticas y las marcas inmersas en lo escrito o simplemente aludidas. Siendo incorporal el significante y, por tanto, un legisigno, la encarnación de la voz en lectura promueve el proceso representante desde el cualisigno y sinsigno, en términos semióticos. Leer consiste también en situar la escritura en función de la palabra originaria. Situación, claro está, siempre retardada, pero pretendida, porque la representación aún pertenece al teatro de los efectos y el origen sólo se da en sombra.

El enfoque semiótico alcanza también al ideograma chino, por una parte, y a la polifonía tonal de su idioma, por otra. El ojo y el oído, la mano y la boca, recibiendo o articulando, respectivamente, convierten el rizoma, la línea o curva del gramma, y los resonadores, sus vibraciones, en recubrimientos mutuos que se abducen alterna y cualitativamente en signos, por lo menos, bifrontes. El gramma comprende tanto el ojo como el oído: mira y escucha, ve y oye. El significado se ramifica en profundidad y altura. Esto lo resalta Pound en el habla y escritura china desde la obra, ya citada, *Essay on the Chinese Written Characters*, de Fenollosa, publicada por primera vez a instancias del propio Pound. La escritura

¹²³ Rey-Debove, J.: *La Linguistique du Signe. Une Approche Sémiotique du Langage*. Armand Colin, París, 1998, p. 71.

¹²⁴ Mallarmé, S.: «Quant au livre», en *Oeuvres Complètes*. La Pléiade, Gallimard, París, 1945, p. 372.

china parte de una imagen concreta y comporta una cualidad inherente al objeto «pintado», según vimos en epígrafe anterior. De ahí que Fenollosa considere, frente a la abstracción lógica de Occidente, que el método de la ciencia y la poesía se igualan en la escritura china¹²⁵. Existe una raíz metonímica en su proceso, lo cual contacta al hombre con el mundo mediante el ojo, la mano y el sonido, aunque colateral, ya integrado de la palabra.

La encarnación del origen en la escritura y, por ella, en la palabra, resume el fundamento y vivencia del libro sagrado en la tradición mosaica. La voz de las palabras queda impresa en tanto escritura hablada, de tal modo que sus grafías son los cimientos y gérmenes de la tierra, al tiempo que su medida. Geo-grafía y geometría coinciden: letra y número. De esto procede la *Gematría* talmúdica o cálculo numérico de los valores de las letras y sus combinaciones incluso geométricas –hay una figura subyacente en el texto–, que irradian la lectura en varias direcciones y establecen niveles simbólicos de sentido. Late en ello, evidentemente, la tradición múltiple del contexto semítico, las *matres lectionis* –el vocalismo primitivo y su puntuación–, las *mociones* fonéticas, el trasfondo talmúdico, masorético –el «cerco de la ley»– y cabalístico, *cábala real* y *simbólica*, de los diferentes modos lectivos de la denominada *Arithmetica Sacra*, donde el número, la línea y la conmutación, así fonética como gráfica, inducen procesos metacríticos, anagramáticos y paragramáticos de lectura. La escritura numera las relaciones implícitas de la naturaleza¹²⁶. A diferencia de la escritura china, la hebrea enraíza la voz como *gramma*. La letra es la misma voz estampada en la materia, a la que dota de animación específica¹²⁷.

Una lectura adecuada de esta materia cósmica requiere la revitalización, siempre nueva, de una figura ya dada o aún por descubrir. La voz y la letra tienen fonos y mociones implícitas. Conllevan o configuran una *huella* del origen que induce una búsqueda o prolación que *relata* de continuo el tiempo como si éste

¹²⁵ Pound, E.: *El ABC de la Lectura*, op. cit., pp. 28-29. Dice Pound que el libro de Fenollosa es la primera aplicación «del método científico a la crítica literaria» (p. 26).

¹²⁶ Véanse al respecto la síntesis de Amor Ruibal en el cap. VII, «La fase glotológica semítica», de *Los Problemas Fundamentales de la Filología Comparada. Su Historia, su Naturaleza y sus Diversas Relaciones Científicas. Primera Parte* (Tip. Galaica, Santiago, 1904, pp. 227-319, en especial pp. 277 ss; 288-289, nota, para el método hermenéutico hebreo; 291ss y sus notas respectivas, etc.), así como el libro sumamente revelador de Marc-Alain Ouaknin titulado *Les Mystères de l'Alphabet* (Edit. Assouline, París, 1997).

¹²⁷ El ejemplo máximo de metonimia mimológica entre órganos fonadores y configuración del sonido correspondiente en forma de letra, ajustada a la forma orgánica del paladar, la lengua y la glotis, lo tenemos en Mercurius van Helmont con su obra *Alphabeti Veri Naturalis Hebraici Brevissima Delineatio*, de 1667 (cf. Umberto Eco: *La Búsqueda de la Lengua Perfecta*, op. cit., pp. 78-79).

remitiera a un acto o estallido inicial cuya resonancia de fondo implica los modos gramaticales y el futuro como encuentro, en otra dimensión del pasado. No absoluto, sin embargo, lo pretérito, aunque lo sea formalmente, pues el tiempo no vivido que se anuncia en la vivencia de lectura es nuevo, singular, creativo, pero dado en esa resonancia de fondo. La lectura adquiere entonces sentido adivinatorio y el lector queda prendido en ella como grafo o letra dotada de nuevo valor numérico en la consonancia interna del libro¹²⁸.

Hay, pues, una palabra originaria, un dictado *–dictum–* primero que quedó impreso en la página del mundo con la voz en algún momento audible del Creador. Las letras son huella suya. La lectura hermenéutica consistirá en recibir la moción de la voz ya oculta y en alcanzar la intención o sentido impreso en las páginas o tablas de la Ley. Ley o principio interno. Pero, al leer, intervienen también reglas que explicitan la Ley y entonces se originan, a su vez, diversas interpretaciones. Surge un diálogo externo consistente en preguntas sucesivas cuyas respuestas interrogan de nuevo *–Mahloquet–* y otro interno, la *Guezara chava*, interpretación analógica e intertextual. Si el primer diálogo atiende a la intersubjetividad no reducida *alter ego*, como sucede en la *elucidación* de Husserl, el segundo se abre a la expansión simbólica de la palabra y sus constituyentes. Hay que tener en cuenta aquí, nos recuerda Marc-Alain Ouaknin, que en el horizonte de la frase hebrea la palabra «coexiste» con otras de su entorno y puede irradiar fuera de su contexto su energía fónica o significativa. No implica dependencia ni determinación, como en la sintaxis lógica, o la irradia trascendiéndola, con lo que la generación fonémica y semántica crea un ámbito de resonancias e implicaciones simbólicas de gran alcance y trascendencia¹²⁹. Pensemos, por ejemplo, en los anagramas, paragramas, e hipogramas de Saussure.

Nos movemos así en una danza simbólica con la punta de un pie apenas en el suelo y otra alzada, dispuesta para otro punto de contacto o huella suya en un pro-

¹²⁸ Resulta significativa al respecto la combinación fonogramatical y cosmológica de las vocales matrices o *matres lectionis* en el estudio *Bisálat at-takrib wat-tashit* de Jonás ben Ganahh (Abul Walid Merwan), citado por Amor Ruibal: «clasifica en él de primitivas las tres vocales u, i, a, y compara su movimiento á los tres movimientos naturales que hay en el mundo; el de la u lo equipara al movimiento que parte de un centro; el de la i es movimiento *centrípeto*, como el de la piedra lanzada al aire que cae por su peso; el de la a es movimiento de *rotación*». Amor Ruibal ya ve aquí y en otros intérpretes del simbolismo fónico «las declaraciones del sistema fonético posterior sobre este punto» (*Los Problemas Fundamentales de la Filología Comparada... Primera Parte*, op. cit. p. 297, nota). Puede decirse lo mismo respecto de la interpretación *commutativa* en la cábala del mismo nombre, homóloga del denominado sentido *acomodaticio* en hermenéutica (ibíd., p. 300, nota), y la ley *commutativa* usada en análisis y clasificación lingüística. Nos interesa resaltar en la lectura este fondo simbólico del fono que relaciona a los órganos correspondientes, su ámbito fonémico, con la geo-grafía y cosmo-grafía, es decir, introduce un *logos* en el *gramma*.

¹²⁹ Ouaknin, M. A.: *Le Livre Brûlé. Philosophie du Talmud*. Lieu Commun, París, 1993 (1986), p. 145.

ceder sin pausa. Danza también del ojo y del oído, pues se mueven con ritmo ya alterno en todas direcciones abriendo el ángulo de percepción interpretativa, pasando de lo *obvio*, de lo que viene *por delante*, a lo *obtus*, creando así, en concepto de Barthes, un *tercer sentido* y también *tercera escucha* anclados en la *significancia* o en la función que hemos denominado *gramma* (Γ : *sf / sd*)¹³⁰. De este modo, el pensamiento nunca queda dicho del todo, o pensado, sino en proceso constante. El sentido literal –*P(es)chat*– depende de alusiones alegóricas –*Remes*– que solicitan –*Drach*– una interpretación para inferir u obtener el sentido oculto, secreto o místico –*Sod*– del *texto*. Las consonantes iniciales de estos cuatro niveles hermenéuticos configuran el nombre *PaRDeS* o *paraíso*, el *vergel* originario.

Para un lector hebreo, creyente, la letra del *libro*, sagrada, es sombra de la ausencia retraída de Dios. La *Tora* –conjunto de los cinco primeros libros de la *Biblia*, el *Pentateuco*–, la *ley* básica del judaísmo, es interpretada según los comentarios de la tradición, los *Targums* o *Talmud*, formado a su vez por la *Mishna*, que codifica la *ley* oral, y la *Gemara* o comentario suyo. Se comenta el comento; se habla de lo hablado; se dice de nuevo lo dicho, pero con otras aportaciones o sentidos, etc. Estamos ya en un proceso infinito de lectura, que simboliza además la búsqueda también infinita de sentido en el campo abierto por la retracción divina al crear el mundo.

En esta tradición, la lectura remite siempre a un mandamiento que integra en su tránsito la actitud lectora. El *libro* es el *maestro* o lo contiene.

EL VOLTEO DE PALABRAS: SAN AGUSTÍN

La tradición cristiana busca asimismo el sentido literal del origen, también denominado histórico, el que manifiesta inmediatamente la intención contenida en las Sagradas Escrituras, la *Biblia*. Esta intención inmediata de lo escrito se supone que es, en el fondo, la verdad misma dada en la escritura. Pero su criterio de certeza depende de otros modos de darse aquel sentido, no ya directos o inmediatos, tales como el alegórico, tropológico o moral, y el anagógico. La similitud con el *PaRDeS* es obvia, pero la homologación del principio original difiere

¹³⁰ Barthes, R.: *L'Obvie et l'Obtus*, op. cit., pp. 45, 58; 217, 221. Reinterpretamos estos conceptos retrotrayéndolos a un contexto antiguo que, sin duda, posibilita esta otra dimensión del ver –el *tercer ojo* también, pues se parte de un *punto* ya fonocónico– y escuchar, extendiendo entonces la función *gramma* al complejo del símbolo o dotando de carácter tal al signo, pues la *significancia* es procesiva.

notablemente en cada homologado. El sentido literal prima sobre los otros y les sirve de referente, por más que su interpretación concreta aún no sea definitiva. Si así fuera, sobrarían los demás modos de interpretación, que son otras tantas maneras de darse el sentido histórico. Las interpretaciones pueden ser variadas, como los modos, pero la razón intelectual de la *escritura* es única, sentencia san Buenaventura.

La unicidad de lo leído es aquí unidad del acto intelectual de captación, determinada, en la teoría adecuacional del conocimiento, por su correlato objetivo, pero no como algo diferente en uno y otro polo del conocer, sino en unidad indisoluble: lo *mismo*. Sin embargo, esa verdad germina en cada lector, nos dice san Agustín desde su teoría de las razones *seminales*, con vivencia propia. Las diversas interpretaciones del lector sincero, y creyente, ya estarían previstas en la intención del *texto* sagrado, que es la comunicación de Dios (*De Doctrina Christiana*, 3, 38; *Confessiones*, XII, 31, 42)¹³¹. Manifiesta el mismo autor que, si, dotado de la autoridad correspondiente, debiera escribir algo de este magisterio elevado, lo haría de tal modo que sus palabras sonaran en cada lector lo que cada uno pudiera alcanzar de verdadero, y no con una sola sentencia: «si ... aliquid scriberem, sic mallem scribere, ut, quod veri quisque de his rebus capere posset, mea verba resonarent, quam ut unam veram sententiam ad hoc apertus ponerem, ut excluderem ceteras, quarum falsitas me non posset offendere» (*Confessiones*; *ibid.*).

El verbo humano abre así en torno suyo un aura de posibles germinaciones o campo polisémico que parte del hecho de habla, la *dictio*, donde la palabra manifiesta una *vis verbi* que hiere el oído del oyente y lo mueve (*De Dialectica*, 12, 12), moción admonitoria que, bien mediante la generación fónica y los valores que hoy asignamos al significante, bien a través del significado, o de los dos conjuntamente –valor ya del signo–, induce una palabra interior, un *verbum mentis*.

Resulta fácil asociar esta palabra interna con el concepto y su formalidad intelectual, pero san Agustín se refiere a ella también como «palabra pensada» (*De*

¹³¹ San Agustín requiere un saber antropológico de largo alcance para poder interpretar una obra, sobre todo la *Biblia*. Suele decirse que prima la fe sobre la razón, y ello es verdad, pero tal criterio procede de un fondo ya desvelante a medida que el lector y el cognoscente se adentran en la lectura de las cosas y letras. El movimiento analítico del aprendizaje y de la lectura atraen de lo oscuro una luz que ilumina a la razón y ésta refuerza el sentido literal, que, a su vez, incrementa el alegórico. San Agustín sabe que el contexto de la vida excede con su naturalidad el alcance lógico de la razón. De ahí que procure la semilla conceptual que la ilumina. A la razón hay que despertarla sembrando en ella el máximo de conocimientos y saberes de lenguas, ciencias, técnicas, culturas..., como preparando el nido fértil de la sabiduría. Las técnicas racionales se avivan entonces con otra luz, y san Agustín cita de continuo el conocimiento lógico y retórico que se alcanzaba en la época.

Trinitate, XV, 10, 17), la proferida por «la boca del corazón». Concibe un pensamiento rumiante que se refleja como habla interior. Los sentidos externos funden sus funciones en la actividad interna del conocimiento y ya no va el ver por un lado y el oír por otro, sino que, dentro, al pensar, «utrumque unum est» (ibíd., XV, 10, 18). Tenemos, pues, una palabra-visión, una boca que habla viendo o que ve hablando. El *verbum mentis* implica un espaciotiempo o articulación *sui generis*. Traslapa una lectura secreta que fluye, no en la página, sino en el palimpsesto que los signos interiorizados descubren como escritura anterior a sí mismos y que habla o quiere hablar si la atención receptiva es la adecuada. Pero tampoco es esto la huella de un manuscrito memorizado cuya imagen late más o menos borrosa en el recuerdo. San Agustín se adelanta a la consideración de la «imagen acústica» de Saussure y la sobrepasa hacia una prelación o fundamento *a priori* cuyo esquema de sonido y visión es sólo anuncio de un habla insonora e invisible, más bien de un espaciotiempo que subtiende cualquier tipo lineal y discreto de signo articulado. No es aquélla la palabra «pensada en silencio» con el apoyo de «ciertas imágenes incórporeas» almacenadas en el recuerdo (*De Trinitate*, XV, 11, 20), como sucede en el origen científico de la lingüística con Saussure, y que, volteadas en la memoria, nos traen a primer plano de conciencia las cosas que significan (*De Magistro*, I, 2). San Agustín dice que, en cuanto «verbo imagen de Dios», el verbo humano «no es sonido prolaticio ni imaginable como sonido (...), sino que es anterior a todos los signos que le representan y es engendrado por la ciencia, que permanece en el ánimo, cuando esta ciencia, tal cual es, se expresa en una palabra interior» (*De Trinitate*, XV, 11, 20).

Es propio de san Agustín usar términos homólogos que se diferencian en lo homologado. Por eso algunos lingüistas, como Eugenio Coseriu, han visto en su teoría del lenguaje rudimentos sofisticados de paralogismos y truísmo¹³². Esto es real si prescindimos de la *fé* que san Agustín proclama por delante de sus especulaciones, y de la que parte como fundamento de cuanto dice y piensa. Términos como *verbum*, *signo*, *verdad*, etc., van desarrollándose poco a poco y absorbiendo sus denotados en diversos niveles. La *dictio* inicial que comprende en *De Dialectica* a *verbum* y *dicibile*, frente a *res*, continúa traslapada como voz dicente en el *verbum* o palabra posterior, que ya contempla, sobrepasándolo, el *nomen*. San Agustín recurre a la etimología de *verberare* y *noscere* para *verbum* y *nomen* (*De Magistro*, V, 13), respectivamente, la realidad fónica, apofántica, y la cognoscitiva. Palabra o *verbum* dice más que nombre porque lo enuncia, en cuanto a uno de sus homo-

¹³² Coseriu, E.: *Geschichte der Sprachphilosophie*. A. Francke Verlag, Tübingen-Basel, 2003, pp. 142-143.

logados, y lo trasciende, en cuanto a otro, pues remite al pensamiento dicente, al verbo interior.

En medio, pero distante, queda la cosa nombrada, más bien referida. Una distancia, sin embargo, inespacial y atemporal, pues se trata del ámbito del conocimiento una vez efectuado el primer contacto sensible con la realidad. Decimos primero porque hay otro tacto conceptual que acontece en la raíz *nosc* como llegada a término de una moción inicial que experimenta la mente tan pronto se inicia el proceso del conocer. Experimento indeterminado, un algo interrogativo-indefinido, aún no formado, formable, que se mueve aquí y allá cuando pensamos algo concreto: «quiddam mentis nostrae» (*De Trinitate*, XV, 15, 25).

Entre las partes del signo, ya semiótico –san Agustín inaugura propiamente esta ciencia–, hay siempre aquel medio inespacial e intemporal donde se mece el pensamiento como en su cuna propia, la *cunabula verborum* de sus escritos dialécticos. Es también el medio o ámbito de la intersubjetividad o el fundamento inespacial, intemporal, de la relación Yo-Tú de los hablantes, quienes no se identifican mutuamente como *alter ego* uno del otro. Hay entre ellos una distancia prelógica y pregeométrica: una estancia de fe, la del *Verbum*. Quien nació en el origen como palabra no puede ser sino voz suya. La lleva dentro y cualquier otra será, primeramente, imagen de espejo y, después, enigma, pero espejo surgido en ese instante y, por ello, enigmático. «Et hoc est grandius aenigma, ut non videamus quod non videre non possumus. Quis enim non videt cogitationem suam? et quis videt cogitationem suam, non oculis carnalibus dico, sed ipso interiore conspectu?» (*De Trinitate*, 15, 9, 16).

De aquí también que sorprenda a los lingüistas el hecho de que nuestro autor asocie el sentido o significado de una frase con el de los términos que la forman, cuando, según la fenomenología y la lingüística de ella derivada, el sentido del todo excede al de las partes y, por tanto, el conjunto nos hace conocer algo nuevo que allí no figuraba¹³³. Para san Agustín, las palabras no nos enseñan nada nuevo. Al oírlas o articularlas, bien sabemos, dice, qué significan, o lo ignoramos: «si lo primero, más que aprender, recordamos»; si lo segundo, «ni siquiera recordamos, se nos incita a buscar su significado» (*De Magistro*, XI, 36). Y recordamos porque las palabras siguen a las cosas conocidas, ya experimentadas, y son signos suyos cuando las significan. Un signo que guarda distancias aunque induzca una *vis* dicente o incluso una cierta connaturalidad respecto de lo significado, pero

¹³³ *Ibíd.*, pp. 139, 144.

entonces el sonido experimentó una elación conceptiva. Fue «concepto». Por eso las palabras de la frase significan como partes suyas algo previo ya conocido, incluidas ellas mismas como objetos significantes. Las cosas no son signos, sino lo *dicibile* primero y los *significabilia* después, es decir, cuanto resulta susceptible de significado o entra en la órbita, distancia u horizonte del signo. Signar, dar sentido, indica una dirección relacional hacia, un campo entendido. Y este intermedio es la base de la interpretación continua de los signos y palabras, unas por otros. Ninguna de ellas muestra lingüísticamente la cosa, ni cuando ésta está presente, pues remite a un recuerdo suyo. Muestran más bien el espacio sígnico, mental, de la relación implícita. Por eso el *verbum* se identifica con el pensamiento en un interior, el del alma, que también subtiende a palabra y concepto. San Agustín alude al fondo ininteligible de donde viene o surge, como entre velos, la *Palabra*, su semilla. Es un tercero implícito o más bien el trasfondo fundante de la relación semiótica, es decir, lo primero.

Toda palabra abre, por serlo, un campo de extensión cuya intensión la convierte a ella misma en figura de un fondo velado. En cuanto *nombre*, nombra nombrándose. Lo nombrado revela la sobreabundancia y excelencia del acto nombrante, que se dilata –Verbo– figurándose como signo y conteniéndose como nombre. Hay un *token*, al menos, que es *type*. Pero tampoco aquí se anula el ámbito intermedio que preside el interior del signo. Entre (voz)palabra – nombre(concreto) – cosa media siempre el signo, una relación sígnica cuyo horizonte amanece en «los silos de la memoria» y se pierde, o nace, en las profundidades de la conciencia como polo de una relación aún sin término fijo en el otro eje, de la que, no obstante, tenemos alguna noticia, el «quiddam mentis nostrae», al que nos referíamos antes: «hoc formabile nondumque formatum» (*De Trinitate*, XV, 15, 25). Hay algo conocido aún no tematizado, pero pensable; algo formable aún no formado. Esto –*ble* es aquel «sin término» de aquella «relación» antes anunciada por nosotros, lo que avanza, en el otro eje de la elipse, el ámbito del polo luego formado en «los silos de la memoria», un recuerdo ya icástico.

Tal palabra nace en el nido verdadero de «la cosa conocida» y ya es ciencia pura, pues tiene el ser del conocer, la esencia formante de la imagen surgida como cristal resplandeciente de un fondo invisible e inaudible: «verbo que no pertenece a idioma alguno, verbo verdadero de realidad verdadera, verbo que nada tiene de suyo, sino que todo lo recibe de la ciencia que le da el ser» (*De Trinitate*, XV, 12, 22).

El volteo de palabras que en «los silos de la memoria» nos llevan a las cosas es el trasfondo de lectura. Unas ya no remiten a otras como signos suyos. Son tér-

mino del proceso *quod signum* o *quod nos*, pero en realidad lo fundan, pues con ellas empieza el fenómeno del conocimiento, a partir de la noticia que inducen en la conciencia como asomo de aquella relación que llega a nosotros desde un relacionado invisible. Y siempre sin confundirse ninguno de los términos interrelacionados, pues el ámbito antes aludido parte de una metasignificación o metalenguaje del nombre que nombrando se nombra. El carácter reflejo del se cifra y concreta todo el circuito de lectura y de la gramática en ella implícita. Las palabras contienen un Magisterio y un Enigma. De ahí el encantamiento de toda lectura: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum* (Io 1, 1) (*De Trinitate*, XV, 10, 19). En el interior del lenguaje se abre un espacio pronominal que traslapa incluso al nombre más allá de sí mismo. La lingüística actual quiere reducir este enigma a un modo refinado de metalenguaje, pero la intención del filósofo apunta más allá, hacia el fondo insondable de la conciencia. Por eso reduce a pronombre la función última del nombre¹³⁴, como siglos después Hegel al presuponer un *esto* en la intención también indefinida del signo lingüístico.

VIRTUS OPERATIVA: SANTO TOMÁS DE AQUINO

En el sentido literal o histórico las palabras significan las cosas adaptándose —*acomodare*— a ellas con *virtus operativa*, nos dice santo Tomás de Aquino (*Summa*, Iq. 1, a. 10 ad 3). Disponen de una virtualidad que realiza la significación de lo indicado o intencionado. Ahora bien, las cosas así significadas remiten a otras como figuras suyas¹³⁵ y se acrece entonces el campo referencial con una significación cognada, tropológica: el sentido espiritual.

La polisemia adquiere de este modo una razón objetivamente fundada. Procede del signo que una cosa ya significada *primo modo* instaura respecto de otra. Y aquí entra la *tipología*. Las personas, cosas, sucesos, el estado de cosas, etc., significan también con algún tipo de semejanza o atribución analógica.

¹³⁴ Atilano Domínguez resalta esta observación como la primera de cinco novedades en la concepción agustina del lenguaje, siendo la quinta precisamente la autodesignación de «signo», «palabra» y «nombre». Y esto resulta posible, a nuestro entender, gracias al espacio interno que se abre en el instante mismo de la nominación. Es unidad trina (Atilano Domínguez: «Introducción» a Agustín de Hipona: *El Maestro o Sobre el Lenguaje*. Edit. Trotta, Madrid, 2003, pp. 21-23).

¹³⁵ «Manifestatio autem alicuius veritatis potest fieri *rebus* et *verbis*, in quantum scilicet verba significant res [sensus *literalis*], et una res potest esse figura alterius» [sensus *spiritalis*] (*Quodl.* 7. q. 6. a. 14).

La significación tipológica alcanza más que la simbólica, pues en aquélla se supone una razón de semejanza *in re*, mientras que los actos simbólicos no sobrepasan, según santo Tomás, los límites metafóricos del sentido literal (*Quodl.*, 7q. 6. A. 15 ad 1). Los tipos funcionan como ejemplares respecto de las cosas o entes singulares. Lo común de varios de ellos –*type*, dicen algunos hoy– contiene a cada uno como caso suyo: *token*.

Aplíquese esta relación a letras, fonemas, sílabas, palabras, etc., y obtendremos la correspondencia simbólica y tipológica que opera virtualmente, con *virtus* activa, en la voz y en la mente tanto del escritor como del lector avisado. Nos movemos continuamente en un campo de referencias simbólicas que se tipifican y, al hacerlo, encierran atributos o predicados respecto de las cualidades inherentes o de las adquiridas en el proceso con mira oblicua, colateral. La actividad lectora se convierte entonces en un ejercicio intelectual de implicaciones múltiples y de conversiones tipológicas de variado signo hermenéutico.

Corresponde ello al contexto entendido como unión o nexo, tanto de las palabras entre sí, cuanto de las oraciones, frases y períodos. Cada cuadro tipológico establece su índice de relaciones directas y oblicuas, tropológicas. La palabra y la cosa por ella significada quedan inmersas en un horizonte significativo: el horizonte pronominal de cuanto antecede, anafórico, y poscede, catafórico, sin olvidar, por supuesto, la *accommodatio* ya efectuada en el sentido literal.

Los contextos sintáctico o gramatical, el semántico o lógico –próximo en cuanto a los miembros de las proposiciones; remoto en las sentencias o asertos de juicios y raciocinios–, por una parte, y el psicológico, por otra, abarcan, en conjunto, los niveles perceptivo, conceptivo y asociativo del conocimiento escriturado y de su conversión lectora. El contexto psicológico estudia las correspondencias y relaciones asociativas, ópticas y acústicas, o sus derivados perceptivos, que las palabras, al menos algunas de ellas, engendran diseminadas por el texto. La retórica medieval consideraba también la *ratio scribendi*, la arquitectura homologada del ritmo; la replicación con nueva forma estilística de lo ya expuesto o conocido; la bipartición consecuente del período; las repeticiones narrativas en función del orden cronológico, con anticipación, a veces, del final temático y sucesivas interpolaciones de su comienzo, de tal modo que se forme el conjunto gradualmente en la capacidad receptora; la bimetración discursiva del paralelismo sintético o analítico, de tanta importancia en la *Biblia*, y en todos sus niveles: palabras, cosas o eventos designados, citas, campos semánticos, léxicos –pares mínimos, con valor de sinécdoque o metonimia: *Ioannes ex Ioanne*–, etc.